

---

# *El profesor Universitario Hombre universal y justo*

Orlando Rodríguez

---

¿Algunos por hobby...? Al menos eso dicen... otros por emplear el tiempo que sobra en algo, muchos por "good will" o porque no hubo más y el resto porque les nace y así nos encontramos con un mundo casi desconocido: El profesor universitario.

Recibe a sus estudiantes generalmente al tiempo que éstos terminan su adolescencia y comienza su primera juventud, cuando más el ser humano necesita ser moldeado, llegan los recién terminados adolescentes con el aroma de la vida en flor; entran los primiparos personificando la duda e Inexperiencia; qué falta de responsabilidad del soberbio educador, que necesita todavía demostrar lo que sabe, sin preocuparse por saber, si alguien entiende lo que él "si sabe", o el otro que ni respeto guarda por su auditorio cuando no se toma el tiempo necesario para preparar la clase o no se ha cultivado lo suficiente para poder hablar con coherencia y fluidez, o aquéllos que deciden que quienes deben dictar la clase son los alumnos a base de lecturas por ellos impuestas, de las cuales a veces conocen el título y nada más. Un profesor universitario debe ser por naturaleza un intelectual con gran dominio de lo que enseña, pero también con una amplia cultura que le permita explicar muy bien su asignatura, además de ser ameno y universal, con una mentalidad abierta y llana, sin estrechez, ni prejuicios fatuos. Debe ante todo conocer al

hombre en su proceso, pues hombres son los que está formando, debe amar y conocer la vida, pues para ella está educando, sentir y hacer sentir lo que él hace, porque de lo contrario jamás se encontrará a sí mismo y mucho menos sus discípulos lo van a comprender.

La responsabilidad es muy grande, hay quienes que no se dan cuenta que entregar una nota o llegar a tiempo es ya un ejemplo de cumplimiento, el permitir una sugerencia o corrección es simple madurez, aceptar que se ha equivocado al corregir un examen es algo de humildad, y de justicia, y olvidar un reproche o una ofensa es un poco de grandeza.

Es deber del profesor defender de las bur-las al que ha errado, conocer en el tímido la pregunta adormecida, buscar en la mirada la sombra de la duda, entender por qué tiemblan unas manos en examen, apoyar el primer impulso de una respuesta verdadera, saber cuándo debe corregir, hacer una observación y hasta... cuándo no enseñar; dar el consejo deseado, avivar la chispa del ingenio, ayudar a calmar del investigador la sed, impulsar el rezagado y del indeciso ser apoyo.

No debemos olvidar que el profesor es una esperanza, es quién dibuja un horizonte deseado, que quiénes lo escuchan

han entregado casi incondicionalmente su atención no sólo para aprender, sino para ser guiados, encausados y hasta para ser convencidos. No se les debe ocultar la verdad, pero no hay porqué sembrar el odio y el recelo, no se debe explotar las ansias del saber. Pensar que de un estudiante al que no se le ha dado la suficiente atención podemos hacer un frustrado y resentido a cambio de un hijo ideal, un esposo y un padre cariñoso, es decir, un honesto ciudadano.

Recordemos que detrás de un discípulo se esconden ilusiones y sueños familiares que ven en esos hijos una posible solución, son ellos lo que serán la patria, los conciudadanos de nuestros propios hijos, en definitiva el futuro del futuro. Es bueno recordar que al corregir no se debe regañar y que la paciencia no se contrapone a la dinámica; y saber que el estudiante que pregunta no mendiga, solamente exige la verdad.

Para llegar al estudiante es suficiente pensar que también es humano y que le pueden acongojar problemas o angustias familiares, escasez, soledad o que simplemente tener frío. Hacerlo entender es tratar de pensar al unísono con él.

Es deber del maestro saber cuándo hacer una pausa en el camino del tablero, subir el tono o simplemente cambiar de tiza. Dar la más simple explicación para que la entienda el último de la clase y se aclare toda una teoría, no ser indiferente a la sonrisa.

El profesor nace, casi se lleva en la sangre, es cierto que el estudio pule, pero el tiempo como al vino lo ennoblece, lo reposa y depura, el aroma de sus conocimientos vuela. La espuma de su experiencia lo cubre casi todo, el bouquet de su persona atrae. La dulce acidez de su corrección encanta y el paladear su explicación embriaga.